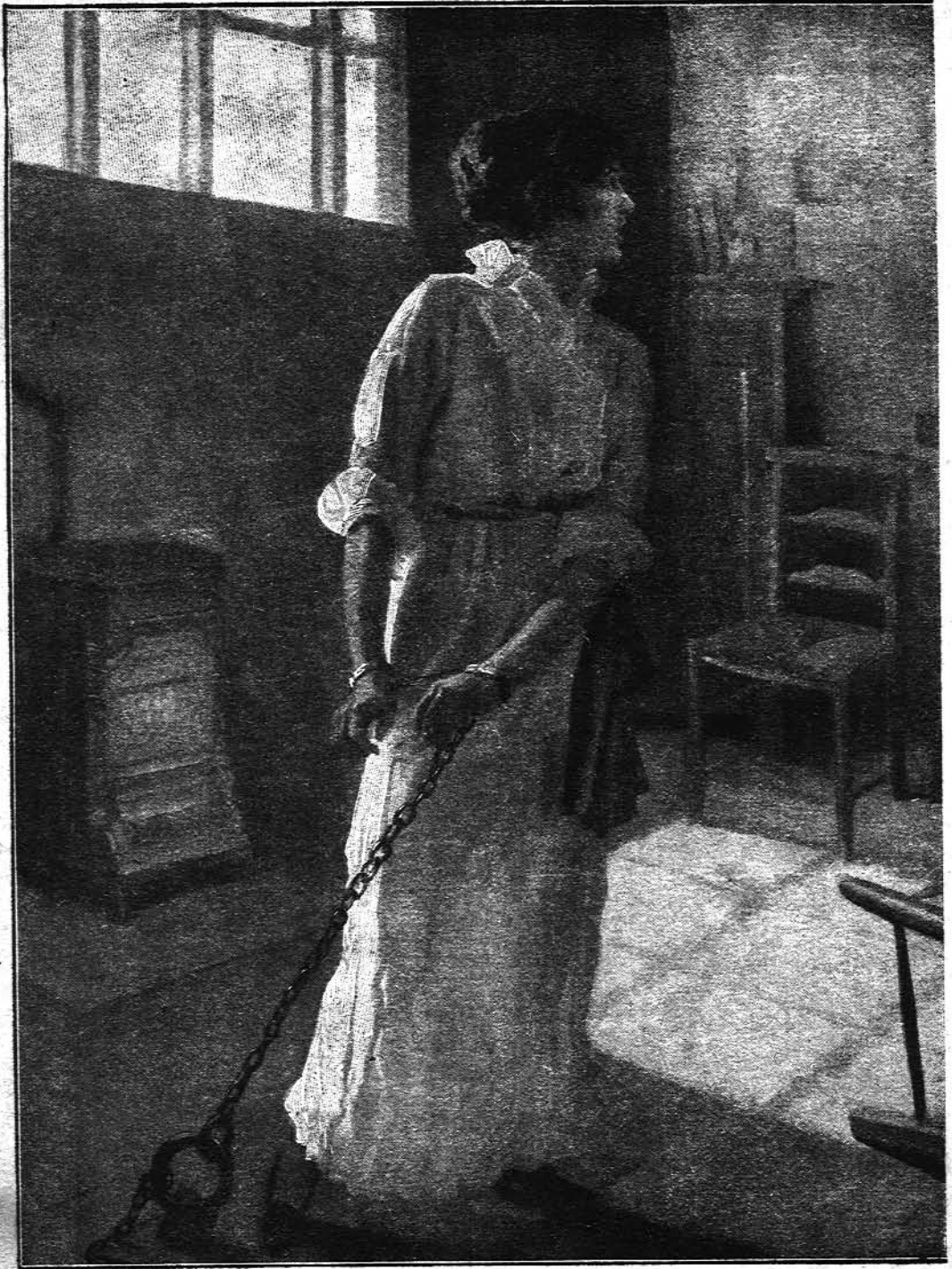


ALBORADA



“LOS DIENTES DEL PERRO”

de J. González Castillo y Alberto T. Weisbach



J. GONZALEZ CASTILLO



González Castillo y-Alberto T. Weisbach, cuya habilidad consumada en el manejo de los bamboli del tablado nadie les discute, y cuya fecunda vena todos admiramos; nos han obsequiado con esta hermosa joya de sus robustos talentos. Una de las más inspiradas producciones del teatro nacional y dignísima hermana de "El grillete", "El hijo de Agar", "La serenata", "El guaso" y "Resaca."

Si nuestra palabra tuviese toda la elocuencia y eficacia necesarias para el caso, les pediríamos que no abandonasen jamás la luminosa ruta tan felizmente emprendida y siguiesen cultivando ese teatro de arte y de emoción, de espiritualidad y de jugosas ideas, porque nadie más indicados que ellos para llevar por buenas sendas a esa pobre nave tan zarandeada del Teatro Nacional.

"LOS DIENTES DEL PERRO"

Pieza en un acto y dos cuadros, original de

J. GONZALEZ CASTILLO y ALBERTO T. WEISBACH

Estrenada en el Teatro "Buenos Aires", de Bs. Aires, el 26 de Abril de 1918, por la Compañía Nacional Muño-Alippi.

PERSONAJES:

MARIA ESTHER.	Sta. Poli
ANGELICA	" Cata
IVONNE	" Barrilaro
DOÑA JUANA	Sra. Ada
PEPA.	" X. X.
ROSA.	Sta. Alonso
MARIA	" Alicia
HECTOR	Sr. Alippi

PAYO MARTINEZ	Sr. Muño
TURDERA.	" Pérez
PATOTERO 1.º	" Otegui
PATOTERO 2.º	" Coiro
PATOTERO 3.º	" Sánchez
UN VIEJO AMIGO DE MARTINEZ	" Betoldi
DIEGO MARTINEZ.	" Dames
JUANITO.	" Hernández

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

(Interior de un Cabaret. La orquesta (Típica) a la derecha, sobre una tarima. Mesas, sillas y demás, en la disposición de costumbre.)

ESCENA PRIMERA

Cabaret en pleno funcionamiento

Primera mesa a la derecha: MARIA ESTHER, sola.
Segunda mesa a la izquierda: ANGELICA y TURDERA
Segunda mesa a la derecha: VIEJO AMIGO y PAYO MARTINEZ.

Primera mesa a la izquierda: LA PATOTA e IVONNE

(Un segundo antes de levantarse el telón, la orquesta típica comenzará a ejecutar un estilo, lo más tristón posible. Al levantarse el telón, aparecerán todos escuchando con alguna religiosidad la música, a excepción de IVONNE.)

PATOTERO 1º (Ebrio, fija la mirada en la orquesta, se lleva frecuentemente el pañuelo a los

ojos, dando muestras de sentirse muy emocionada). — ¡Qué estilo!... ¡Parte el alma!... (Tararea un poco la música y ahoga la voz en un sollozo.)

PAYO MARTINEZ (Entra y busca ubicación, saludando a varios. Cesa la música.)

VIEJO AMIGO. — ¡Che, Payo!... Venga, che, pó amigo.

PAYO. — ¡Hola!... ¿Cómo te va, Santiagueño? ¿Desde cuándo por acá?

VIEJO. — Hoy día i yegao... ¡Pucha!... ya desesperaba de no ver una cara conocida. Y con quién me había de topar... con el Payo. Calaverón viejo él. Sientesé che pó...

PAYO. — No, che; gracias.

VIEJO.—¿Cómo? ¿Que no me va a acompañar? No faltaba sino eso. Sentáte... no podís disairarme...

PAYO. — ¡No!... es que... (Aparte.) ¡Qué programita! (Se sienta.)

VIEJO. — Pero che, Payo, te ha reventao la helada, andás blanqueando en canas.

PAYO.—Es de familia, che; mi padre ya a los treinta años tenía la cabeza blanca.

VIEJO. — Me vas a decir a mí. Tu padre a esa edad no tenía un pelo...

PAYO. — Un pelo'e zonzo...

VIEJO. — No, ni de vivo, si era pelao. (*Ríe*).

PATOTERO 1.^o—; Pucha que estoy triste!

PATOTERO 2.^o—Pero che, estás con amigos...

PATOTERO 1.^o—; Es que todos están tristes!... Somos unos pobres tristes!... como dicen en los sainetes... ; Vos... y éste... y todos!...

PATOTERO 2.^o(*Ríe*) — ; No embromés!

PATOTERO 1.^o — Ahí tenés... Vos crees que te has reído? ; Mentira!... Has contraído la cara en una mueca ridícula. (*Llora*.) Se acabó la alegría. (*Con desconsuelo*.) No ves, ya no puedo reirme... (*Hace una mueca para reír y llora*.) No ves... (*Llora*.)

VIEJO. — L'agarrao en sentimental el tipo... (*Ríe*).

PAYO. — Che... ; No se meta! (*Aparte*.) ; Este se la va a ligar!

VIEJO. — Son unos locos estos porteños. (*Ríe*).

PAYO.—Callesé, amigo... o espíantujen.

VIEJO. — Pero che...

PAYO. — Yo sé lo que te digo. No es un día que frecuente esto y puedo asegurarte que se puede alternar cómodamente con ellos, siempre que se esté a diapason.

VIEJO. — Bueno, empezá, entonces... Aura tocan a yorar... empezá!... (*Ríe*).

PAYO. — Este se la liga...

IVONNE. — Me... está llorando de verás!... (*Ríe*.) A vuar!... (*Acariciándole la cara*.) ; Oh quel ridícul!... Mon cheri!...

PATOTERO 1.^o—; Déjame!...

IVONNE.—Mé tuá set un otario!

PATOTERO 1.^o—Respetá mis lágrimas...

IVONNE.—Lágrime de cocodril?... *

PATOTERO 1.^o—Pa vos que no has llorao nunca!

IVONNE. — Vos tampoc, solamant si estás bo-trach.

PATOTERO 1.^o—(*Transición*). ; Quién es borra-cho? ; Hablá!... ; Repetí lo que has dicho!

IVONNE.—Pardón, bon ami, ye croayaba que es-taba de brom.

PATOTERO 1.^o—Qué broma, ni qué broma. ; Es-píantá! Si no querés que te dé vuelta de un quan-ton.

IVONNE.—Pero che, mua queride...

PATOTERO 1.^o (*Se levanta en disposición de gol-pear a IVONNE*). — Yo no soy querido de ningun-a imbécil!... (*Amagándole un golpe de puño, pero los demás patoteros intervienen*).

PATOTERO 2.^o (*A IVONNE*).—Bueno, andáte vos también.

IVONNE (*Encogiéndose de hombros*).—E bien... (*Váse a otra mesa*).

PAYO. — Tomá nota, che, Santiagueño.

VIEJO (*A IVONNE*). — Venga isí, no le haga caso a esos loqués...

IVONNE (*Murmurando*). — ; Sovayes!

PAYO (*Aparte*). — Este no sospecha las pata-das y trompadas que está incubando. (*A IVONNE*). Che, no vengás a comprometernos.

IVONNE. — E bien, no me sale la gana. Yo res-té isí. (*Se sienta en la mesa de los viejos*).

PAYO (*Mirando hacia la mesa de los patoteros y notando que éstos fulminan con la mirada a su viejo amigo*). ; Uh!... ; Qué fija! (*Retirando un poco la silla hacia la mesa de MARIA ESTHER*). Tomemos precauciones por si se les ocurre bom-bardear antes de atacar. (*El VIEJO sigue su ani-mada conversación con IVONNE, pretendiendo ena-morarla*).

PAYO (*A MARIA ESTHER*).—¿Y usted no baila?

MARIA ESTHER. — ; Cómo no! Para eso estoy aquí, señor.

PAYO. — ; Señor? (*En broma*). El Señor está en el Cielo... ; Se divierte?

MARIA ESTHER. — Tanto como divertirme... la obligación.

PAYO. — Ah... usted está a sueldo ahora?

MARIA ESTHER. — Que más remedio, señor.

PAYO. — ; Pero usted hace poco que frecuenta este cabaret?

MARIA ESTHER. — Sí, señor; poco. Antes me obligaban a venir, me traían a divertirme, aho-ra... he vuelto sola para ganarme el pan.

PATOTERO 1.^o (*Arroja un bollito a la mesa del viejo*).

PAYO (*Al VIEJO*). — ; Che!... Me parece pru-dente que se vaya.

IVONNE. — ; Pur cuánt?... Se puede mandarg mudarg usted si quiere...

PAYO. — ; Cómo son ustedes!... Comprome-ten a cualquiera con tal de no quedarse con el agravio.

IVONNE. — Quiere que le diga la cuestión?... Con le valor que usté tiene, puede muy bien mon-tar un fabric de jabón! (*El VIEJO ríe*).

ESCENA II

TURDERA (*A MARIA ESTHER*). — Vas a bailar conmigo el tango que van a tocar...

MARIA ESTHER. — ; ...?

TURDERA. — pero... arrib'una mesa.

MARIA ESTHER. — Lo acompañaré, si quiere, pero para hacer el ridículo, no!

TURDERA. — Quiere decir, que te negás a bailar conmigo?

MARIA ESTHER. — Ya le he dicho.

TURDERA. — No te vas arrepentir después, eh?

MARIA ESTHER.—Para eso, ahí tiene su amiga.

ANGELICA. — ; Qué es lo que hay?

TURDERA.—Nada, se niega a bailar conmigo.

ANGELICA (*A MARIA ESTHER*). — Che, a Tur-dera no le hace un desaire ni vos ni nadie.

MARIA ESTHER. — Yo no me niego a bailar, lo que sí, que no me presto a servir para el titeo de todos.

ANGELICA. — Por qué, para el titeo?...

MARIA ESTHER. — Bailar arriba de una mesa es dar espectáculo y yo no quiero.

ANGELICA. — Jesús, la niña... (A TURDERA). Vení, yo te acompaño, Papaíto, vení.

TURDERA. — Acordate, eh!... ya te va a pesar esto. (Váse a su mesa).

ANGELICA (Volviéndose y a MARIA ESTHER). — ¡Che!... y eso que has dicho de titeo... créeme, tanto pa vos, como pa mí, como pa cualquiera de estas mujeres, es un orgullo bailar con mi Turdera. (Váse a su mesa, cuerpando al andar. Los PATOTEROS siguen arrojando proyectiles al VIEJO).

PAYO (A MARIA ESTHER). — ¿Usted conoce a ese mozo?

MARIA ESTHER (Con dolor). — Si lo conozco?... Es a quien debo toda mi desventura, señor.

PAYO. — ¡Ajá!... Pues por su aspecto nadie creería...

MARIA ESTHER. — Nadie, señor, nadie. Como podía yo sospechar...

PAYO. — Sí, es claro, lo de siempre. Visten tan bien su exterior, que fácilmente engañan...

MARIA ESTHER. — Venía a lo de Harrods, donde yo trabajaba, y se mostró tan amable, obsequioso y caballero, que le presenté a mi madre... (Pausa). ¡Lo más contenta ella!... Le pareció tan bueno... que llegó a quererlo como a un hijo. Un día confié en él, en sus promesas... (Pausa). Logrado lo que quiso, no supo disimular más, o no lo pretendió siquiera. Me di cuenta de mi situación, pero no atiné a nada. Por aquella casa empezaron a desfilar todos sus amigos y amigas y me presentaba como ostentando su hazaña. Allí se bailaba y se bebía hasta el amanecer. Y así después en Palermo, Armonville, en los cabarets, me exhibía como si pudiese todo su afán en arrancar a girones el pudor que vanamente pretendía conservar. Mi madre lo supo y murió de pena. (Pausa).

PAYO. — Y cómo pudo desprenderse de sus garrras?

MARIA ESTHER. — Como no me prestara después a sus combinaciones, me echó a la calle con lo puesto.

PAYO. — ¡Qué infamia!...

MARIA ESTHER. — Ya ve usted, señor, si lo conozco. (Pausa).

PAYO. — ¿Y esa... Angélica?

MARIA ESTHER. — Es una que tocaba en la orquesta del Guarani.

PAYO. — Una nueva víctima.

MARIA ESTHER. — Sí... pero ella parece tan a gusto.

PAYO. — Efectivamente, a todos asombra por las grandes predisposiciones que demuestra para

esta vida. Ha acertado esta vez, el bandido. Esa es la mujer que le conviene, aunque se ve que es una criatura inconsciente. (La orquesta comienza a ejecutar un tango). (Se ha de bailar el tango como en los cabarets. Una pareja de mujeres solas. Con "cortes y quebradas". La orquesta debe hacer los ruidos peculiares de las auténticas. gritos, ladridos, silbidos, etc.)

ESCENA III

ANGELICA (Arrastra una mesa hacia el centro de la escena). Un momento!... (Sube a la mesa). Vení, Papaíto... Señores: Este tigre (señalando a TURDERA) y no hay dos, es un bailarín científico del tango. Percatan?...

TURDERA (Le amaga cariñosamente un golpe de puño).

ANGELICA. — ¡Parate!... ¿Y yo?... Aunque soy remanyadísima, soy su papa!... (Mirando a MARIA ESTHER). Verdad, Papaíto? (Bailan).

PATOTERO 1º (Que ha seguido haciendo libaciones, tararea el tango y se conmueve con sus notas). ¡Ah! ¡Tango!... ¡Tango! La sienten en el alma esta música, tan nuestra!... (Llorando). ¡Pucha!... ¡Cómo estoy triste!... (Tírale un bollo al VIEJO y sus compañeros lo imitan, hasta aumentar el calibre de los proyectiles).

PAYO. — Compadre, abra el paraguas, que llueve...

EL VIEJO. — Al que yo le pesque, le voy a hacer sonar el coco con este tala! (Arrecian los proyectiles y entonces el viejo se encara con PATOTERO 1º). A vos mismo...

PATOTERO 1º (Mira a un lado y otro y después se ríe).

VIEJO. — A vos mismo. llorón!...

PATOTERO 1º — ¿A mí me habla?...

VIEJO. — ¿Y a quién será?...

PATOTERO 1º (Se levanta y le da un trompazo, que le siguen otros de los demás PATOTEROS. Intercien los mozos y el patrón y se hace la calma, después de invitar al VIEJO a que abandone el local. La orquesta acalla el bochinche, o mejor dicho, lo aumenta, a puro tango).

VIEJO. — Si los yego a agarrar por mi provincia!... (Váse).

PATOTERO 1º (A PAYO). — Perdóne che, Payo, no?

PAYO. — ¿Yo?... ¿Por qué?... le estuve diciendo que la iba a ligar... (TURDERA y ANGELICA, que han caído de la mesa con el tumulto, se sientan a invitación de éstos en la mesa de los PATOTEROS y piden de beber).

ANGELICA (Riendo). — Se dan masajes faciales gratuitos!... (La orquesta ejecuta el Típerry y lo tararean todos. Tres Girls lo bailan).

MARIA ESTHER (Sale a cantar un estilo o canción con estribillo y no la dejan terminar, armándole un "fideo". La orquesta a fin de acallar el tumulto la emprende con un "One Step". Se proponen bailar lo dos o tres parejas).

TURDERA. — Una Tarándole, muchachos, todos! ;Que la bailen todos!... (*En seguida lo imitan todas las parejas, con excepción de MARIA ESTHER y el PAYO*). ;Usted también, Payo!... Ni Dios se salva de bailar!...

PAYO. — Che, pero yo estoy viejo ya pa estas cosas...

TURDERA. — Prendasél a esa!... ;Nada, nada! (*Por MARIA ESTHER*). (*El PAYO se ve obligado a bailar y tomando a MARIA ESTHER se incorpora al final de la columna. Dan una vuelta por la escena y desaparecen por derecha, menos PAYO y MARIA ESTHER*).

PAYO (*Que consigue desprenderse*). ;No puedo más! ;Quién sigue a estos locos!... (*Mientras la música se pierde a la distancia, PAYO y MARIA ESTHER han quedado frente a la puerta de entrada, donde HECTOR, al enfrentar a ella, se ha quedado sorprendido contemplando a PAYO*).

ESCENA IV

HECTOR. — Muy bien, querido tío...

PAYO (*Pretendiendo disimular su turbación*). — ¡Hola!... (*Aparte*). ;Qué papelito!... Quién me meterá a mí en estas cosas!

HECTOR. — Ante todo, tío, me va a permitir que lo felicite por la compañera...

MARIA ESTHER. — Muchas gracias...

PAYO. — No, te diré... te diré!... este... Se trata de una... señorita empleada... a quien procuro sencillamente distraerla, pues... está presa... de una profunda melancolía... (*Aparte*). Aquí de tu cara rota, Payo!...

HECTOR. — Así lo he comprendido yo, tío. Cómo voy a sospechar siquiera que usted pretenda enamorar a su edad... y a una criatura así tan gentil y buena moza... y que puede ser hija suya?... (*Cambia expresivas miradas de inteligencia con MARIA ESTHER*).

MARIA ESTHER. — No tanto, no tanto...

PAYO (*Aparte*). — ¡Uy! éste la tiene más rota que yo!... Me ha reventao el sobrino! ;No te acoquines, Payo! (*A HECTOR*). Ante todo, señor sobrino, puede saberse la razón de su presencia en este antro?

HECTOR (*Con marcada ironía*). — Le diré a usted, señor tío. Por razón de estudios. (*Con énfasis*). Son estos antros la panacea de las almas juveniles. Son estos antros el panal...

PAYO. — Te voy a dar un castañazo en el panal...

HECTOR (*Riendo*). — Qué gran tipo es este tío.

PAYO. — Che... pero el ejemplo que doy. No está bien.

HECTOR. — ¿Pero usted con prejuicios, tío?... El hombre, como la piedra, debe rodar mucho para llegar al final de la cuesta convertido en un canto rodado, es decir, pulimentado. Es lo que voy persiguiendo, tío: perder esta rusticidad para

llegar a ser un hermoso ejemplar de canto rodado, como es usted. ¿Hablo bien, tío?

PAYO. — Demasiado, querido sobrino. Bueno y a sentarse que aquí tenemos la perrada de vuelta. (*Se sientan los tres en una mesa. Reaparece la farandole, dan una vuelta por la escena y termina la música, dispersándose las parejas por las mesas, animadamente*).

(UNA ARTISTA canta una canzonetta italiana. HECTOR, mientras, mantiene una ininteligible conversación con MARIA ESTHER. La orquesta ejecuta un tango).

TURDERA (*Después de cambiar una mirada de inteligencia con los demás patoteros, va hacia MARIA ESTHER*). Vení a bailar... (*HECTOR se sorprende y MARIA ESTHER después de un segundo de irresolución, temiendo comprometer a HECTOR, sale a bailar con TURDERA. TURDERA está ebrio, pero simula estarlo más, haciendo unos cortes exagerados con el sólo propósito de hacer caer a MARIA ESTHER, festejándole ruidosamente la patota*).

HECTOR (*Que mira espantado a PAYO*). Esto es brutal!... (*Queriendo levantarse*). Pero, cómo permiten estos salvajismos!...

PAYO. — ¡Quieto!... Dios te libre de entrometerse en nada! ;Se volverian todos contra vos!... Salgamos, es lo mejor...

HECTOR. — No, tío, dejemé!... Pero vea!... ;Es una vergüenza!... (*TURDERA se ha tirado al suelo queriendo arrastrar en su caída a MARIA ESTHER, sin conseguirlo. Esta al verse libre, se dirige hacia HECTOR llorando y al alcanzarla de nuevo TURDERA, HECTOR se interpone y cubriendo el cuerpo de MARIA ESTHER, se queda frente a TURDERA, quien después de sostenerle un segundo la mirada, váse hacia su mesa, donde es increpado por los demás*).

PATOTERO 1º — ;Sos un desgraciao!... No sos capaz de dársela?... Voy yo...

TURDERA. — Paráte... (*Lo detiene*). Vos me dejás a mí... Nadie tiene derecho más que yo... p'arreglar esto. Se acabó!...

PATOTERO 2º — Pero quién es ese gato?

TURDERA. — Quien quiera que sea... (*llama al mozo*). Un whisky y un vaso cívico!...

Mozo. — ¿Soda?...

TURDERA. — No, señor!... ¡la soda pa los maricas. (*El mozo le sirve*).

PAYO (*A HECTOR, que procura consolar a MARIA ESTHER*). — Vos no te movás de ahí, porque te fusilan. Voy a ver si arreglo esto...

HECTOR. — Vea, tío, no hay nada que arreglar con esa sabandija!

PAYO. — Vos te callás, me entendés?... Yo te lo mando.

MARIA ESTHER. — Sí, dejeló. Héctor. A las malas es peor con esa gente. (*PAYO va hacia la mesa de los patoteros*).

PAYO (A TURDERA). — Una palabra, amigo Turdera...

TURDERA. — A mí?... Cómo no... (*Un poco aparte*).

PAYO. — Che, Turdera, vengo a decirle que no vaya a tomar a mal lo de mi sobrino...

TURDERA. — ¡Ah!... ¿es su sobrino?

PAYO. — Todo fué una parada pa quedar bien con ella, me entiende, che?...

TURDERA. — Sí, pero... me extraña mucho de usted, viejo en estas cosas... ¿Cómo quedo yo ante los demás?... (*Al aludirlos se acercan los demás de la patota*).

PATOTERO 1º — ¿Qué hay, che?

PATOTERO 2º — Venimos con componendas ahora?...

PATOTERO 1º (*A segundo*). — Calláte vos, querés?...

TURDERA. — No sé... Aquí dice el Payo, que fueron paradas pa quedar bien con ella...

PATOTERO 1º — ¡Son cuentos!

PATOTERO 2º — ¡Es claro! de puro compadre se metió.

PATOTERO 1º — Y ahora sale pidiendo la...

TURDERA. — ¡Un momento!... Se me ocurre una cosa... Vamos a ver si han sido paradas de su sobrino, como usted dice. Que la saque pal bosque de Palermo y vamos todos. Le damos la preferencia...

PAYO. — Eso sería inhumano, che, Turdera.

TURDERA. — Pero... usted se va a asustar?

PAYO. — No, pero...

PATOTERO 1º — Bueno, entonces que le dé una satisfacción acá, en público, ya que fué parada...

TURDERA. — No, dejáte de tonterías... Vaya Payo y propóngale eso... vaya!...

PAYO (*Aparte, separándose*). — Dios mío, qué hago?...

TURDERA. — En cuanto lleguemos al bosque, le quitamos la mujer.

PATOTERO 1º — ¿Ya está!...

PATOTERO 2º — ¡Ni que hablar!...

TURDERA. — Estos son programas! ¡Han visto!... (*Quédanse comentando en voz baja el plan, demostrando cada uno de ellos gran regocijo*).

PAYO (*Aparte*). — Aquí, le fracasa a uno, hasta la experiencia! (*Un poco aparte*). Héctor: me he valido, ante esa gente, de una argucia, procurando evitarte una desgracia, inevitable, por tu ligereza. A qué habrás venido!

HECTOR. — No veo para qué...

PAYO. — Pues yo sí, aunque de nada me haya servido. Escuchame: Vos les has inferido una afrenta y no es gente de quedarse con ella.

HECTOR. — Por no permitir que vejaran a esta pobre criatura?...

PAYO. — Bueno, pues es el criterio dominante en un lugar como éste. Pero dejemos esto ahora. Es preciso que te vayas, pero ya mismo, porque te van a provocar y ellos son muchos.

HECTOR. — ¿Sin ella?

PAYO. — ¿Y vos qué tenés que ver con esa mujer?...

HECTOR. — ¡Ah! pues más de lo que usted se supone, tío. Yo me voy, pero con ella! De otra manera me mostraría ante ellos, ante María Esther sobre todo, como un cobarde, y no lo soy.

PAYO. — ¿Sabés a lo que te exponés?... Mirá, escuchame por favor. Hay esto, además... (*Le habla quedo*).

TURDERA. — Le voy a ganar la puerta, porque estoy sospechando... (*Váse hacia la puerta de salida*).

PATOTERO 1º — ¡Demoselá!... ¡Demoselá!... Qué diablos... Ya estoy contento, han visto?... Se me espantó rápido la tristeza. No hay como un buen programa!

HECTOR. — ¡Ahora, menos que nunca, tío! Venga conmigo María Esther!...

MARIA ESTHER. — ¡Por Dios, no!... No se comprometa por mí... dejeme... que yo no me rezco...

PAYO. — Mirá lo que vas a hacer!... Es una temeridad!... Te jugás la vida!...

HECTOR. — Y en qué mejor ocasión, tío. Por una mujer! (*A MARIA ESTHER, tomándola por un brazo*). ¡Salgamos!... (*Al llegar a la puerta*).

TURDERA (*Cruzándosele*). — Esa mujer me pertenece.

HECTOR. — Tómela, si es capaz!

TURDERA. — Que no... (*Va a echarle mano y HECTOR lo voltea de un golpe de puño. Todos los patoteros se levantan con intención de agredir a HECTOR y entonces éste saca un revólver y los detiene, mientras sujeta con el brazo izquierdo a MARIA ESTHER que se ha desmayado. Los patoteros van estrechando el círculo*).

PAYO (*Viendo a TURDERA que saca revólver, se le va encima y quitándoselo, colócase al lado de HECTOR y dice*:). Atrás, cobardes, o los quemó!... (*Retroceden los patoteros. A HECTOR*). Al automóvil, vos, ahora!... (*Váse HECTOR y al sonar la bocina. A TURDERA*). Pagá el gasto, che! Y mañana te mando la papeleta! (*Por el revólver*).

— TELON —

CUADRO SEGUNDO

(Un salón interior, de prueba, en la casa de modas de don Diego Martínez, padre de HECTOR y hermano del PAYO. Sofas, sillones, sillas, un par de maniqués y algunos muebles más que, por la variedad, dan la impresión de que esa pieza sirve para todo: salón, comedor, etc., de la casa comercial. A foro una puerta con cortinados, los vidrios pintados de blanco, con letras al revés que dirán: "Tailleur-Costumes." Puertas laterales practicables. En el centro, gran mesa de comer, cubierta con una carpeta y sobre ella una jardinera o centro de mesa, etcétera).

ESCENA PRIMERA

MARIA ESTHER, DOÑA JUANA, ROSA, PEPA, DOS O TRES COSTURERAS. Después MARTINEZ

(Al levantarse el telón aparecerán en escena MARIA ESTHER y las demás costureras, cosiendo a mano sus respectivos trabajos: vestidos, batas, etc. DOÑA JUANA, observará uno de los vestidos).

JUANA (Después de una pausa). — Bien... Traten de apurar, muchachas, esos dos vestidos de jacket... Son urgentes... Esta noche o mañana temprano a más tardar deben ser entregados...

MARTINEZ (Entrando por la puerta del foro que se supone da al negocio. MARTINEZ es la antítesis de su hermano, el PAYO, a quien conocimos en el primer cuadro. De mayor edad que él, cincuenta y cinco años, es un hombre grave, circunspecto, con una gran convicción del honor familiar. Viste elegante pero severamente de jacket, usa barba, y en una palabra, tiene el aspecto del hombre serio, como se dice. Consultando su reloj). — Son las once y media... Pueden retirarse. (A las costureras. Las costureras se levantan, dejan sus trabajos y se disponen a salir, colocándose sus sombreros y blusas. MARIA ESTHER queda en su sitio. A DOÑA JUANA). Haz preparar el almuerzo, Juana... (A ROSA). Y tú, vete a atender el negocio... (ROSA obedece).

LAS COSTURERAS. — Hasta luego, señor... Hasta luego, señora.

JUANA. — Hasta luego... Y ya saben: No me falte ninguna.

COSTURERAS. — No, señora. (Vánse por foro. DOÑA JUANA va hasta el foro y luego vuelve).

JUANA (A PEPA). — Estírame a la plancha estas polleras. (PEPA mutis izquierda).

MARTINEZ (A MARIA ESTHER). — Deje eso, María. Descanse. No es hora de trabajar... (MARIA ESTHER obedece. DOÑA JUANA váse por izquierda como si se dirigiera a la cocina. MARIA ESTHER arregla sus trabajos y MARTINEZ hace mutis por foro). (Un momento de pausa. Entran

luego por foro dos niños: JUANITO y MARIA, con sus útiles como si vinieran del colegio).

ESCENA II

MARIA ESTHER, JUANITO, MARIA

JUANITO. — Buenos días... ¿Ya está la comida?...

ESTHER. — Caramba que vienes apurado... Ya te la están preparando...

MARIA. — ¿Vamos a jugar, entonces?...

JUANITO. — Vamos... (Se quitan las gorras y las carteras que arrojan descuidadamente en cualquier sitio).

ESTHER. — Pero, chicos; no sean así... No tienen las cosas... No ven que de esa manera le dan más trabajo a su mamá?... (Recogiendo los libros que coloca sobre la mesa). Vengan, les voy a quitar la blusa, por lo menos, para que no se manchen... (Se dispone a arreglar a los chicos con solicitud maternal cuando entra por el foro HECTOR. Se detiene un momento a contemplarla).

ESCENA III

DICHOS: HECTOR

ESTHER (A los chicos). — Los niños deben ser juiciosos... y tratar de no dar más trabajo del que dan... Bueno, ya están. Ahora pueden ir a jugar... (Los chicos salen corriendo por izquierda).

ESCENA IV

MARIA ESTHER y HECTOR

HECTOR. — Haciendo de cariñosa mamita, eh?

ESTHER. — Ay!... ¡Héctor!...

HECTOR. — Me vine disparando. (Apretándole la mano con efusión aunque con recelo). Ya se me ha hecho una necesidad hablarte siquiera dos palabras, a solas... Estás bien?... Estás contenta?... No extrañas?...

ESTHER. — No... Al contrario... Me parece estar en mi casa... Tu mamá es muy buena... y tu papá, aunque tan serio, no parece malo...

HECTOR. — No; el viejo es así no más... Ya te tomará cariño, y... entonces, no habrá por qué disimular... Dame un beso...

ESTHER. — No... Aquí no... Podríamos echarlo todo a perder.

HECTOR. — Si no nos ven...

ESTHER. — No importa... Ahora no...

HECTOR. — Como quieras... ¿Y... aprendes?...

ESTHER. — Estoy recordando... Tanto, tiempo sin hacer nada... Es cuestión de que tome la mano... (Entra en este momento MARTINEZ por foro).

ESCENA V

DICHOS. MARTINEZ. *Luego* DOÑA JUANA

HECTOR (*Al ver a su padre, con cierta sorpresa*). ¡Ah!... Papá... ¿Y mamá?...

MARTINEZ. — No sé... ¿No la has visto aún?... Estará en el interior.

HECTOR. — Voy a verla...

MARTINEZ (*Deteniéndolo con un gesto*). — Un momento.

ESTHER (*Comprendiendo que está demás*). — Con permiso... voy a ver a los niños... (*Váse izquierda*).

MARTINEZ. — Te he recomendado muchas veces que no des confianza a las empleadas...

HECTOR. — Yo no les doy confianza, papá... ¿Le preguntaba...?

MARTINEZ. — Cualquier cosa que sea... Basta con el saludo... Uno no sabe quiénes son ni de dónde vienen... Y de las simples preguntas se pasa a los animados diálogos... Y no hay para qué... Ya lo sabes.

HECTOR. — Muy bien... (*Va a hacer mutis*).

MARTINEZ. — ¿Dónde vas?...

HECTOR. — A cambiarme, para almorzar... (*Salc por izquierda. Al salir se encuentra con DOÑA JUANA que entra*). ¡Ah!... Mamá. Buen día. (*La besa*).

JUANA. — Buen día, hijo... (*HECTOR váse. JUANA entra a escena*).

ESCENA VI

MARTINEZ y JUANA

MARTINEZ (*A JUANA, cuando ha desaparecido HECTOR*). Va a ser necesario vigilar a ese muchacho... No me está gustando nada sus frecuentes charlas con esa otra joven...

JUANA. — ¡Bah!... Le vas a impedir que sea atento con las empleadas...

MARTINEZ. — No son atenciones, simplemente... Dios me libre pensar mal de nadie... pero Héctor no conversa con ella por conversar... Para mí hay más confianza de la que tú y yo creemos... La busca siempre a solas, a solas hablan... y he notado miradas que... Vamos: que es necesario impedir a toda costa que ese muchacho se desvíe...

JUANA. — Pero, aunque así fuera... ella no es una mala mujer...

MARTINEZ. — Tú no la conoces... Ni yo tampoco. Es una simple recomendada de mi hermano Benito... y Benito no es el inventor de la moral... A pesar de sus seguridades y de sus garantías... yo no creo en ella, ni en Benito... Ya lo sabes, pues...

JUANA. — Exageraciones tuyas. Siempre estás con las mismas... ¡Pobre muchacha!...

MARTINEZ. — No son exageraciones: es prudencia, previsión. Tenemos hijas, mujeres y niños... y es necesario impedir el mal ejemplo, y, sobre todo, evitar a toda costa, que un desvío de esos, frecuentes en los muchachos, pierda a Héctor... Mi padre no me permitió nunca hasta la mayor edad que mirara a la cara a una mujer... Con que, entendido, eh?...

ESCENA VII

DICHOS. ROSA

ROSA (*Por foro*). — Papá... Esas dos señoras de los trajes de jacket... Las artistas...

MARTINEZ. — ¿Pero no se les ha dicho que estarían para la tarde?...

ROSA. — Sí, les dije así, pero me contestaron que pasaban por aquí, y que querían ver cómo siguen no más...

JUANA. — Sí, atiéndelas...

MARTINEZ. — Vamos. (*A ROSA*) (*A JUANA*). Prepáralas los vestidos por si quieren probarlo... (*Váse con ROSA por foro*).

JUANA (*Llamando a la puerta derecha*). María Esther!...

ESCENA VIII

JUANA y MARIA ESTHER

ESTHER (*Entrando*). — ¿Llamaba, señora?...

JUANA. — Tráigase esa pollera que está estirando Pepita... Hágame el favor...

ESTHER. — Muy bien, señora. (*Mutis. JUANA cepilla y arregla el vestido que estará colocado en el maniquí. Entran por foro MARTINEZ, IVONNE y ANGELICA*).

ESCENA IX

JUANA, MARTINEZ, IVONNE y ANGELICA

MARTINEZ (*A las dos mujeres*). — No faltan más que algunos detalles... pero de cualquier modo convendrá que por lo menos usted (*A IVONNE*) pruebe el jacket.

IVONNE. — ¡Oh!... Oúi... Será bien... Bonjour, madame... Comment allez vous!...

JUANA. — Buen día, señorita...

ANGELICA. — ¿Y el mío?... ¿Estará terminado hoy también?...

JUANA. — Sí... Lo están concluyendo...

IVONNE (*Examinando el suyo en el maniquí*). — Oh!... lá, lá!... C'est el mío... Quel tres jóli!... Mirá, mirá, Anjeliq... Que bonitó...

ANGELICA. — ¡Qué monada!... Pruébeselo, señor, a ver cómo le queda...

MARTINEZ. — Con el mayor gusto... (*Toma el jacket del maniquí y se lo pone IVONNE*).

JUANA. — Ni pintado, que fuera...
 ANGELICA. — Che, qué bien... Parecés una aristocrática, che...
 MARTINEZ (*Corrigiendo*). — Un poquito en el hombro, y le quedará a usted perfecto.

ESCENA X

DICHOS y MARIA ESTHER

ESTHER (*Con la pollera*). — La pollera, señora...

ANGELICA. — ¡Ay, che!... ¡María Esther!... Cómo te va. (*La abraza*). ¿Qué estás haciendo aquí?...

IVONNE. — ¡Oh!... lá! lá!... Mari-Esther!... La picara... ¿Cómo te va?... Adónde te has metid... tanto tiempo... Che!... Qué estás gorda... (*MARIA ESTHER quedará completamente corrida, sin poder decir palabra. En cuanto a JUANA y MARTINEZ no salen de su asombro*).

ANGELICA. — Pero, che... Contestá!... Qué estás haciendo aquí?... Por qué desapareciste?...

IVONNE.—Sos de la casa ici?...

ESTHER.—Trabajo aquí...

ANGELICA.—¿Que trabajás, decis?...

IVONNE.—¿Trabacás?... ¿De quoi?...

ESTHER.—Y... no lo ven?... Con los señores...

ANGELICA (*Mirando a IVONNE*). Trabaja...

IVONNE (*Mirando a ANGELICA*). — Trabaca... (*Después de un gesto de asombro lanzan a coro una homérica carcajada...*).

ESTHER (*Corrida*). — Bueno, con permiso. Adiós.

IVONNE.—Pero, che... Te vas a ir... Esperate... Vamos a tomar un vermouthe...

ESTHER. — No, gracias... Adiós... Con permiso, señora... (*Se va casi sollozando por izquierda*).

ANGELICA.—Pero, mirala che, trabaja... (*Vuelven a lanzar otra carcajada*). Y se ha ido enojada, che!...

IVONNE. — Se ha hecho person decent. Se irá a casar bian!... (*Vuelven a reirse*).

MARTINEZ (*Rojo de ira a JUANA*). ¡Qué te decía yo!... ¡Oh, Benito!...

ANGELICA. — ¿Y de qué trabaja aquí, ésta?...

JUANA. — Es media oficiala modista...

IVONNE. — Trabajará con lo pies... porque para le tangó tenía buenos pies... (*Ríe*).

MARTINEZ. — ¿La conocen ustedes?...

ANGELICA. — Sí, era compañera nuestra en el cabaret... Baila bien, después de mí, era puede decirse, la mejor...

IVONNE. — Pero siempre le dió por le sentimentalisme... Te acordás, che... ¡Quel bochinche!... con tu primer amante, y de ella osí, Turderá...

MARTINEZ.—¿Y... la ven ustedes con frecuencia?...

ANGELICA.—No... Hace como un mes desapareció después de un bochinche... que tuvo con un amigo... pero es una pobre muchacha...

ESCENA XI

DICHOS, EL PAYO y MARTINEZ

PAYO (*Entrando por foro*). — Buenos días...

IVONNE. — Oh... Mirá quien está ici también... El payó... Pero aquí está ahora todo el cabaret...

PAYO (*Aparte*). — Adiós mi plata!...

ANGELICA. — Cómo te va, viejito... Qué hacés acá?... Vos siempre donde hay mujeres, eh?

PAYO.—Pero... señoritas...

IVONNE.—¿Señoritas?... Dejate de pavades... Viejite... O vos también trabajás ici?...

MARTINEZ.—¿Cómo!... Ustedes conocen también a éste?...

ANGELICA.—¿Y quién no lo conoce al Payo Martínez?... Un viejo más verde que una aceituna... (*Las dos ríen*).

PAYO.—Señoritas... yo...

IVONNE.—¡Já! ¡Já!... Se ha hech hombre decent... también...

MARTINEZ (*Contando la burla*). — Bien, señoras... Esta tarde a primera hora se les enviarán los vestidos...

ANGELICA. — Bueno, vamos che... es hora... (*A MARTINEZ*). No se olvide, eh?... temprano... (*Al PAYO*). Adiós, viejito... Y a ver cuando vuelves por allá...

IVONNE. — Bien... Adieu... Au revoir, viejite calavegón... Y decile a Mari-Esther que no trabaque tante... (*Las dos se ríen*). Adieu, señora... (*MARTINEZ las acompaña hasta foro*).

PAYO (*Aparte*). — Me han reventado las atorras estas... (*JUANA se va por izquierda*).

ESCENA XII

MARTINEZ. — ¡Qué te parece!... ¿Qué bonito es todo esto?... Puedes estar satisfecho... (*Silencio del PAYO*). Pero no te da vergüenza andar en estas... inmundicias?

PAYO. — ¡Hombre!... Creo que se me ha pasado ya la edad de las reconvenções... y de los peligros... Soy bastante crecido...

MARTINEZ. — Lo que se te ha pasado es la vergüenza...

PAYO. — ¡Diego!... Te prohibo que me ofendas... No tienes ningún derecho...

MARTINEZ. — ¡Cómo que no!... Voy a permirtirte que me traigas aquí mujeres de esa calaña. (*por MARIA ESTHER*) con engaños y mentiras, prostituyendo mi hogar, pervirtiendo a mi hijo y

llenando de oprobio esta casa... con el escándalo y el mal ejemplo?...

PAYO. — No digas tonterías, hombre... Tienes la obsesión de la moral, tú también... Esa muchacha es un alma de Dios, y yo...

MARTINEZ. — ¡Qué! La vas a defender?... No la has traído acaso de un cabaret, engañándome que era una huérfana y que necesitaba nuestra protección moral, más que material?...

PAYO. — Y bien: la necesita... Yo no sé ni me detengo a pensar de dónde viene ni cuál es su pasado... Es una mujer, sola y desgraciada y basta!...

MARTINEZ. — Dices bien... es una desgraciada... Una hija del fango... y es allí donde debe estar... y no aquí donde hay niñas y donde tengo un hijo que, enténdelo, causa tuya, ya comienza a inclinarse a esa... desgraciada.

PAYO. — No seas infeliz... Que va a comenzar... Tú qué crees? ¿que los muchachos de hoy, remontan barriletes a los veinte años?... No seas inocente... Y sobre todo: no seas hipócrita... Con esa estúpida moral, de boca afuera no haces nada más que alimentar el vicio tanto más violento cuanto más disimulado...

MARTINEZ. — ¡Benito!... No hables así, te lo prohibo... Mi hijo...

PAYO. — Tu hijo es como todos los jóvenes de hoy y de antes y de siempre... Y si se inclina a esa joven será porque la ama y la necesita... Y no me culpes a mí... Yo no he hecho nada más que acceder a un ruego de él, convencido de que tenía razón, y de que en cuestiones de amor, más vale la franqueza de hechos que la hipocresía de los disimulos... y convencido también de que sólo con la libertad, y la bondad y la protección podía hacerse un santo amor de lo que comenzaba como una pasión mezquina...

MARTINEZ. — Entonces, quiere decir que Héctor y esa mujer...

PAYO. — Eres un infeliz en no haberlo comprendido...

MARTINEZ. — ¡Oh!... Yo pondré remedio a esto... (*A la puerta de izquierda. Llamando:*) María Esther!... María Esther!...

PAYO. — ¡Qué vas a hacer!...

MARTINEZ. — A cortar por lo sano, a pesar de tus teorías de pervertido...

PAYO. — Harás una injusticia...

MARTINEZ. — Haré lo que me da la gana. Estoy en mi casa!

ESCENA XIII

DICHOS Y MARIA ESTHER

MARTINEZ (*A MARIA ESTHER que se presenta cabizbaja y vergonzosa*). Señorita... Puede usted hoy arreglar lo que tenga aquí, y buscarse

otro acomodo... Yo no puedo consentir en que usted permanezca un día más en esta casa...

PAYO. — Pero, Diego, eso es una infamia...

MARTINEZ. — Lo que tú quieras... pero yo estoy en mi casa y en ella mando yo... Ya lo sabe usted, señorita...

ESTHER. — Yo no he hecho, señor, nada que pudiera ofenderlo...

MARTINEZ. — A usted le parecerá así... pero usted me ha engañado, en connivencia con mi hermano y con mi hijo, para traer el escándalo a esta casa...

PAYO. — No exageres, Diego... Nadie te ha engañado, y menos ella...

ESTHER. — Yo he venido, bajo la protección del señor (*por el Payo*) y por que creía que en alguna parte podía olvidar lo que ha sido mi desgracia... pero no se incomode usted, señor... Me he equivocado... y le dejaré su casa, mucho antes de lo que usted desea...

MARTINEZ. — Cuando usted guste...

PAYO. — María Esther, perdóneme... pero ya lo ve usted... Esta no es mi casa!... Yo no tengo casa!... Sin embargo...

ESTHER. — No importa, señor... Volveré al cabaret... Allá no me preguntarán de dónde vengo... (*Hace mutis por la puerta derecha*).

PAYO. — Esto que hacés con esa joven es una infamia y una cobardía... Si esto es tu moral y tu honor, reniego yo de tu honor y de tu moral! ¡Cobarde!...

MARTINEZ. — Mira, Benito... No me ofendas, por que no te lo voy a consentir. No me saques de mi paciencia... Entiendes... (*Gritando*).

PAYO. — ¡Eres un mal hombre!...

MARTINEZ. — Y tú eres un disoluto... un viejo pervertido.

PAYO. — ¡Diego!...

ESCENA XIV

DICHOS, JUANA, HECTOR, PEPA

(*Aparecen a los gritos JUANA, HECTOR y PEPA*)

JUANA. — Pero, Dios mío, qué es eso!... No discutan...

MARTINEZ (*A HECTOR*). — Venga usted acá, caballero... Desde hoy trata usted de corregirse en sus costumbres o me deja usted esta casa... Es ese el modo de pagarme todos los sacrificios hechos por su porvenir y su educación?... Trayéndome una... una meretriz a su propia casa... A la casa de sus hermanas?...

HECTOR. — Papá... Yo no he traído una meretriz, como usted dice... He traído a una mujer que amo y que por lo tanto, quiero dignificarla...

MARTINEZ. — Y la va a dignificar usted haciéndola su querida?... ¿Es amor acaso la rela-

ción criminal y vergonzosa con mujeres de cabaret?...

HECTOR. — Papá... está usted ofendiendo a María Esther, y a mí... Yo no he mirado de dónde viene, por que la quiero y nada más... y con sólo quererla la igualo a mí y la elevo sobre todo lo que pueda contaminarla... Si se lo he ocultado ha sido por que quería que usted la conociera bien, por que ella demostrara que es capaz de regenerarse y por que yo mismo quiero comprobar mi propio cariño...

MARTINEZ.—Eres tan cínico, como tu tío...

PAYO.—Diego...

HECTOR.—Pero, papá...

MARTINEZ.—¡Basta!... (A PEPA). Preparen la mesa... (PEPA y JUANA *tienden la mesa. Entran los dos chicos, JUANITO y MARIA, con una casita de cartón de juguete y se sientan a la derecha en el suelo a armarla*). Y desde hoy en adelante le prohibo que vea más a esa mujer. El primer día que yo lo sepa va usted también a la calle... No faltaba más... (MARTINEZ *sale por foro*).

ESCENA XV

DICHOS, menos MARTINEZ

HECTOR. — Es una injusticia, mamá...

JUANA. — Pero, hijo mío... Es una mujer de un triste pasado... Hoy han estado aquí dos mujeres que la conocen... Y tu padre tiene razón... Es una vergüenza...

HECTOR. — No; no tiene razón... Si esta casa es tan moral como él y usted dicen... a dónde mejor va a ir para regenerarse una mujer así?... Por eso la he traído...

JUANA. — Pero tú no comprendes que tienes hermanas, menores, y que ese sería un ejemplo desastroso para ellas?...

HECTOR. — El ejemplo es otra mentira... Nadie se perversa por lo que ve, mamá... Ustedes acusan a esa pobre muchacha de venir de donde viene... pero no tienen escrúpulos en que vengan otras mujeres de su misma naturaleza, cuando vienen a dejar dinero... Entonces no hay mal ejemplo... Entonces hay buen negocio...

PAYO. — Bien dicho... Esa es la relatividad de la moral!

JUANA. — Pero ustedes se han vuelto locos...

HECTOR.—Peor sería que nos volviéramos también hipócritas...

ESCENA XVI

DICHOS, MARIA ESTHER

(*Sale MARIA ESTHER de izquierda con un paquete y cruza lenta y tristemente la escena para hacer mutis por el foro*).

HECTOR (*Sin poderse contener*). — María Esther... (*Va a darle la mano*). Perdóname...

ESTHER. — No importa... Todo esto me lo esperaba... Y te lo dije. Pero tú no tienes la culpa...

HECTOR. — ¿Y te vas a ir así?... ¿A dónde vas?...

ESTHER. — A cualquier parte... No me faltará... Si me buscas, siempre me encontrarás... pero no te conviene buscarme...

ESCENA XVII

DICHOS, MARTINEZ y ROSA

(*Aparecen MARTINEZ y ROSA por foro. Todos quedan en silencio*).

ESTHER.—Adiós... Y muchas gracias... *Rompe en un sollozo y váse por foro*.

HECTOR (*Precipitándose a ella*). María Esther! (*Lo detiene de un brazo MARTINEZ*).

MARTINEZ. — Si sale usted detrás de esa mujer, no me pisa usted más esta casa!...

JUANA (*A HECTOR*). — Tranquilízate, hijo mío. (*Lo abraza*).

HECTOR. — Es que yo la quiero, mamá... (*Se sienta cabizbajo en una silla*).

MARTINEZ (*A PEPA*). — Haz servir el almuerzo... (*PEPA sale por izquierda y vuelve en seguida. MARTINEZ va hasta los dos chicos que juegan con la casita de cartón y le pega un puntapié derribándola*). Basta de juguetes aquí... A la mesa!...

JUANITO (*A MARIA*). — La hacemos luego en el patio, ¿verés?...

MARIA. — Bueno...

MARTINEZ. — A la mesa... Vamos. Se acabó... (*Se sienta a la cabecera. Al rededor de la mesa habrá nueve sillas puestas cuyas ocho primeras ocuparán silenciosamente MARTINEZ, EL PAYO, ROSA, PEPA, HECTOR, JUANITO y MARIA, quedando la de la cabecera opuesta, vacía. Es el asiento de costumbre de MARIA ESTHER. Una pausa*).

JUANITO (*Al PAYO*).—Cuenta un cuento, tío, de aperitivo...

PAYO. — Dejate de cuentos, hijito, ahora...

MARIA. — Cuenta, no sea malo...

PAYO. — Bueno, lo contaré: (*Comienza el cuento en voz sonora e intencionada. Entretanto la sirvienta sirve la mesa*). "Había una vez en Jerusalém un perro muerto en una esquina... Muchos hombres al rededor del perro estaban comentando sus fealdades..."

—"Qué animal más sucio", decía uno...—"Mire qué sarnoso estaba, agregaba otro..."—"Era tuerto, dijo otro, viéndole el ojo vacío..."—"Si, agregó un cuarto; era un perro atorrante,—y la

drón, y rabioso decían los demás... De pronto un hombre vestido todo de blanco, flaco y triste, dijo:—Sin embargo, parecen perlas los dientes del pobre perro!... Ese hombre era Cristo. El único que le había visto una cosa bella al feo y muerto animal... (*Una pausa*).

MARIA — ¿Se acabó ya? ¡Uff!... ¡Qué cuento más feo!... (*Pausa*).

JUANITO (*Al notar la silla vacía*). — ¡Cómo!... ¿Y María Esther? ¿No viene a comer?... (*HECTOR, como despertando de un triste sueño se incorpora de golpe*).

HECTOR. — Tiene razón, tío... Hay algo más

bello que todas esas miserias que ven ellos... (*Gritando, sale por foro*). ¡María Esther!... ¡María Esther!...

Todos. — ¡Cómo! ¡Papá!... ¿Lo dejas ir?... (*Se incorporan simultáneamente, hablando todos a la vez como si intentaran ir a detenerlo*).

PAYO (*Incorporándose e imponiendo el silencio grita a voz en cuello*:) ¡Silencio!... Déjenlo ir... Quien ha dicho que allá no esté, acaso, la verdadera felicidad! (*Quedan todos estupefactos, mientras cae el*)

— TELON —

POESÍAS

EL INTRUSO

De "Evocaciones", libro de próxima aparición.

*Dentro de mí se esconde un ser extraño
de hondas penas causante y amarguras,
impreciso e intangible y misterioso
como una sombra.*

*Cuando el guerrero que en mi entraña duerme
halla un entuerto y apréstase ardoroso,
requiriendo las armas más lucientes,
para el combate,*

*él se interpone en el camino y clama
no existir tal entuerto y tanto arenga,
que depongo las armas al instante
sumisamente.*

*Si trepo a la montaña de mi numen
de mi canción con el peñasco a cuestras,
llevando las antorchas prometeanas
de rebeldías,*

*obstruyéndome el paso me despeña
como a Sísifo al pie de la montaña,
dejándome jadeante y sudoroso
junto a las charcas...*

*Y si de nuevo subo y triunfalmente
desde la cumbre, en pie, lo desafío,
con temerario, heroico, altivo gesto
a la batalla,*

*en el fatal peñón de la derrota
con iracunda saña atarme intenta,
enviando a devorarme, al buitre fiero,
del desaliento.*

*Mas rompiendo los fuertes eslabones,
y ahuyentando a los buitres carniceros
con un golpe davídico de espada
lo decapito,*

*y sonriente la marcha continúo
por el camino azul de mis quimeras,
deshojando los áureos crisantemos
de mis canciones.*

MARIO CATALDO MARCIAL.

MI CARACTER

A la maldad opongo el duro bloque
de que se forma este carácter mío,
y así resisto el formidable choque
cual un atleta imperturbable y frío.

La fe que tengo en mi virtud es mucha,
y, cuando encuentro en mi camino un necio,
me defiendo tan sólo en esa lucha
con la férrea coraza del desprecio.

Y por eso es que indiferente vivo
al ataque de espíritus vulgares,
cada día más fuerte y más altivo;

¡ellos se estrellan en su furia loca
cual se estrellan las olas de los mares,
al encontrar la inmovible roca!

Manuel Páquez (h.)

* * *

LECCION DE ANATOMIA

La sala es lúgubre;
la luz desciende
del negro techo
y se refleja
difusamente,
sobre ese lecho.

¿Quién duerme?... Tísica,
ayer difunta
en el hospicio;
hoy, arrancada
a las exequias
y al cinericio;
y al lento y plácido
rezo del clérigo;
y al dormitorio;
y a las menudas
gotas de agua
del aspersorio.

¡Delito! El pecho,
por honda herida,
ságrale a aquella!...
¡Y era tan joven!
¡Y era tan rubia!
¡Y era tan bella!

Con su cadáver
—¡Connubio estéril!—
¡sabieza insana!—
acrece el número
de sus problemas
la ciencia humana.

Mientras que el médico
su lección dicta
y nombra "ad hoc":
Vesalio, Hipócrates,
Harvey, Sprengel,
Bacon y Kock;
yo pienso en cuantas
cosas pasaron
por esa frente;
en los estáticos

sueños, soñados
inútilmente;

pienso en los mágicos
de la esperanza
mil universos!
Ficción efímera
como una estrofa
de cuatro versos!

Amó y, en fantástica
hora, esta niña,
hoy sin sudario,
guardó su amante
corazón, como
en su santuario.

Ahora el clínico
que se lo arranca
del pecho, exhorta:—
"He aquí las válvulas."
"He aquí las células."
"He aquí la aorta."

Sigue: "huic sanguinis
circulationi..."
En tanto, inquieto,
a mis visiones,
en su inmutable
rostro, interpreto.

¡Ciencia, no quiero
de tus consuelos!
¡Los vagos mundos
del sueño, vuélveme!
y moribundos!
¡Paz a los muertos

Perdona pálida
virgen, dulcísima
adolescente!
Hermosa, santa,
de poesía
flor inocente!

Gabriel de Irijs.

NOTAS ADMINISTRATIVAS

En un número próximo publicaremos el balance de la revista hasta el número 12.

A todos los que reciban este número y que hasta la fecha de la aparición del 15 no hayan contestado a nuestra circular no le remitiremos la revista por cuanto no estamos dispuestos a recargar nuevamente la publicación por los que pudiendo hacerlo no quieren pagar su suscripción.

A los agentes y paqueteros, les recomendamos que todos los valores los remitan a nombre del Administrador, a Estados Unidos 3725.

Al mismo tiempo, comunicamos que en la Capital no hay agentes autorizados para la cobranza de la revista. Los suscriptores deben dirigirse directamente a la Administración.

El administrador.

A VUELO DE PAJARO

Río de Janeiro

Lo primero que impresiona al viajero al llegar a esta hermosa ciudad, es la luz deslumbrante y la sinfonía de sus risueños colores. La naturaleza fué pródiga en dones con estas encantadoras playas de los heroicos descendientes de Vasco de Gama.

El Pão de Açúcar diríase que es una montaña-tribuna, desde donde los vientos cantan con cálida elocuencia la belleza maravillosa del paisaje.

El agua verde y transparente de la bahía, seméjase a un enorme espejo encantado, donde se reflejan las suaves curvas de los montes que la rodean, tapizados de esmeralda.

El Corcovado es algo así como un mirador, construído en sueños, por un califa, para evocar en las nostálgicas noches de luna los cuentos de «Las mil y una noches». Y la Avenida Beira-mar, en Botafogo, digna es de ser paseada por César, en un carro de oro tirado por cuatro corceles blancos.

Luego el paseo a Copacavana, con vistas a varias millas fuera de la barra. La visita a la capilla de *Nosa Senhora da Penha*, construída sobre un peñasco, del cual toma el nombre y donde se asciende por una escalera de trescientos y tantos escalones.

Los trenes que os conducen marchan por caminos deliciosos, rodeados de hermosos jardines y de campos extensos, donde trabajan morenas con ancho sombrero de paja y fumando en-pito; aquí y allá elegantes palmeras, plátanos cargados de sabrosos frutos, limoneros y naranjos que a manera de incienciarios perfuman el ambiente. Y el tren sigue mugiendo y crepitando, después más jardines, casas, montes y de pronto os encontráis a oscuras ¿qué pasa? — preguntáis. — Un viajero os contesta: Estamos debajo de las montañas: Es un túnel. En seguida la luz otra vez, y siguen huertas, jardines, palmeras, limoneros, plátanos, tamarindos, perfumes silvestres, sol, mu-

cho sol, sol tropical, vegetación tropical, diríase que estáis en pleno bosque: flores blancas, flores rojas, azules, anaranjadas, doradas, hojas verdes, plantas verdes, verdes los campos, verdes los montes, todo verde. El Paraíso terrenal — exclamáis, — acordándoos de la feliz frase de nuestro Ramos Mexía.

Al volver a la ciudad admiráis sus calles limpias y airosas. La Avenida Central muy parecida a nuestra Avenida de Mayo. La hermosa Praia de Botafogo, la Praça 15 de Novembro, el Pavilhão de Regatas, en Botafogo, etc. Después el mar por todas partes. Desde el Morro de Santa Teresa, desde Tiyuca, desde el Corcovado, desde Copacavana mar, cielo, montes, sol, jardines...

Roberto Inca.

Río de Janeiro, 1918.

Próximamente:

POESÍAS

— DE —

JOSUÉ CARDUCCI

Versión castellana de

MARIO CATALDO MARCIAL

Próximamente aparecerá un tomo de poesías, titulado:

"EVOGACIONES"

— Cantos de amor y de gesta —

POR

MARIO CATALDO MARCIAL

El producto de este libro, el autor lo cede a beneficio de esta revista.

Pedidos a la administración, Estados Unidos 3725.

"LA REVISTA DE LOS NIÑOS"

Apareció el núm. 6 de esta revista

Dedicada exclusivamente al elemento infantil, se edita en el Uruguay esta revista racionalista, amena e instructiva. Se vende a personas mayores para que las distribuyan gratuitamente: 15 revistas valen 0.25 centavos. Pedirla en Buenos Aires, a su agente:

JUAN C. SATRAGNI, Canalejas 3435

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del H. Alvear

Atiende especialmente enfermedades internas

RIVADAVIA 764 (primer piso)

U. Telef. 3717, Avenida

HORAS DE CONSULTAS: 2 a 4 p. m.

Librería "EL TEATRO NACIONAL"

DE

FRANCISCO HOSTENCH

482-TALCAHUANO-482

La Casa que posee el surtido más completo de Obras Teatrales

"EL TEATRO NACIONAL"

PUBLICA UNA OBRA COMPLETA EN CADA NÚMERO

Dirección y Administración

482-TALCAHUANO-482

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

CAPITAL:

Trimestre.....	2.40
Semestre.....	4.80
Año.....	9.60
Número suelto...	.20
Semana atrasada.	.30
Mes atrasado....	.50

INTERIOR:

Trimestre.....	3.—
Semestre.....	6.—
Año.....	12.—
Número suelto..	.25
Semana atrasada	.40
Mes atrasado....	.60

Para las suscripciones en la Capital pueden dirigirse a la administración calle TALCAHUANO 482, de 9 a. m. a 9 p. m. Los interesados del interior pueden hacerlo por carta remitiendo el importe en estampillas o giros postales.